

Sibylle
Berg

GRM
BRAINFUCK

Traducido del alemán por Núria Molines Galarza

Título original: *GRM. Brainfuck*

Publicada originalmente en alemán por Verlag Kiepenheuer & Witsch GmbH & Co. KG, Köln/Alemania.

Esta obra se ha traducido gracias al apoyo de la Fundación Suiza para la Cultura Pro Helvetia.

fundación suiza para la cultura

prohelvetia

Todos los personajes de esta obra son ficticios y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Fotografías en interior de portada y contraportada:

© Laura M. Lombardía

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



GRM. Brainfuck by Sibylle Berg. Copyright © 2019, Verlag Kiepenheuer & Witsch GmbH & Co. KG, Köln/ Germany

© de la traducción: Núria Molines Galarza, 2020

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.) Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-053-4

Depósito legal: M. 24.333-2020

Printed in Spain

El milenio

Empezó flojo.

Ni efecto 2000.

Ni una puta catástrofe.

Los habitantes del mundo occidental se habrían alegrado de que tras los interminables y anodinos años noventa por fin pasara algo. Algo que no tuviera nada que ver con una crisis financiera que solo serviría como chute de emociones para los banqueros de inversión en esos últimos metros antes de que sus cuerpos fibrados chocasen contra el asfalto al tirarse por la ventana. ¿Mi cuerpo tremendamente fibrado reventaría contra el suelo como el cuerpo blanco, gordo y fofo de un perdedor? ¿O rebotaría y saldría volando por los aires?

El milenio, recién estrenado, tenía un nombre. Se llamaba TDAH. Y en cursiva, como subtítulo: *Vamos a poner toda esta puta mierda en su sitio.*

Era la época en la que Facebook se había hecho grande. En la que mucha gente mayor pensaba que en internet no había nada más que esa plataforma de lerdos.

Era la época del bombardeo de fake news, de la manipulación masiva. La gente se volvió rápidamente adicta a los likes de

desconocidos. Los jóvenes se engancharon aún más rápido a ese subidón compuesto de acoso, violencia, sexo y gilipolleces. Era la época en la que a la crueldad real de la gente se le añadía también la virtual.

En la que la búsqueda desesperada de comprensión se convirtió en la rabia del ignorante.

Nunca había habido semejante oleada de teorías de la conspiración. El Vaticano, los hermanos Koch, la Sociedad Hayek, el Club de Roma, los reptilianos, los terraplanistas... En un mundo con una situación que cada día se volvía más compleja, entre la población creció el deseo de que apareciera un dios del trueno.

Era el prelude de algo.

Cualquier instante es el prelude de algo.

Así, más tarde, cuando el milenio ya hubo calentado un poco, se produjo un acontecimiento colectivo que unió y conmocionó a toda la humanidad: un avión se estrelló contra el Pentágono y dejó un agujero a su paso; parecía como si alguien hubiese excavado un túnel en un castillo de arena con la mano mojada. Otros dos aviones impactaron contra sendos rascacielos. Las torres se desmoronaron y la gente volvió a saltar por la ventana.

Era el milenio en el que surgiría la duda sobre la población mundial. Se volvió normal desconfiar del Estado y de los Servicios Secretos, de la prensa y de la gente con gafas, del parte meteorológico, de los libros, de las vacunas, de los científicos y de las mujeres.

El nuevo milenio desplegó todo un abanico de ventajas imbatibles para las personas que tenían la suerte de acabar de nacer. En todo el planeta, a la población le iba mejor. Se decía. La gente vivía más tiempo, más feliz, mejoró la educación y los bebés sobrevivían los primeros años de vida. Todo cosa de los mercados. Un brindis por los mercados.

También hubo un par de perdedores. Habían tenido mala pata o no se habían esforzado lo suficiente para triunfar. Todo el mundo podía hacer algo con su vida. Pero había que ponerle ganas. Maravilloso.

Se extrajeron combustibles fósiles. Se consiguió liberar gas natural y petróleo del suelo marítimo mediante fracturación hidráulica. Stuxnet —el virus informático— frenó el programa atómico iraní. Se inventó Blockchain, la empresa de criptomonedas que volvería prescindibles a los bancos. Ídem con la bomba de pulso electromagnético. El mundo se reorganizaba, Occidente luchaba por mantener su posición; en Oriente, China, Rusia, Japón y Corea se unieron para reinterpretar el mercado. Se introdujo la comunicación por voz con los ordenadores. La inteligencia artificial todavía no se había popularizado mucho. La gente tenía móviles. Se hacía fotos. Tenía cosas que hacer. Sin parar.

Esta es la historia de

Don

Potencial de amenaza: alto

Etnia: tono indistinto de no-blanco

Intereses: grime, kárate, chucherías

Sexualidad: homosexual, presuntamente

Comportamiento social: nulo

Relaciones familiares: 1 hermano, 1 madre, padre (de vez en cuando, pero, por lo general, no)

Empieza en Rochdale.

El puto Rochdale. Un lugar que tendrían que disecar y exponer en un museo como emblema de pifia urbanística. Cartela

a pie de obra: «Así vive la gente en el nuevo milenio cuando no se ajusta a las condiciones del mercado».

Un receptáculo para los inútiles. Un grupo de desechos no genéticamente modificados.

Bien, Rochdale. Un suburbio de mala muerte cerca de Mánchester. Conocido porque siempre hace el mismo tiempo. Malo, para más señas. Rochdale, según decían las evaluaciones, llevaba cinco años siendo el lugar más deprimente del reino. Aquella encarnación urbanística del daño cerebral no animaba precisamente al consumo, por lo que la ciudad agonizaba. Llevaba décadas así. Como miles de ciudades occidentales, todas tan parecidas: casas de ladrillo, calles hechas polvo y un cine, oficinas de correos cerradas, supermercados cerrados. Ya para qué, qué falta hacen en la era de internet. Se puede ver todo en streaming. Se puede comprar de todo, hasta la margarina y el pan blanco. Y te dejan las cajas en la puerta de casa. Aunque sus ocupantes bien podrían haberle echado sal al papel pintado y habérselo zampado.

Entre los relativamente limitados círculos de objetófilos, Rochdale era conocido por sus siete torres de viviendas sociales. Por eso se los solía ver acechando por aquellos bloques de VPO, lamiendo frenéticamente las fachadas desconchadas. En las Seven Sisters —su denominación oficiosa— cada semana había liada alguna. Muchas veces tenía que ver con la defunción de alguien. Don envidiaba a la gente que vivía allí. Tenían la vida más interesante del mundo. Más que la suya, que vivía en un bloque de VPO de lo más normalito a un par de minutos de las torres. En las Seven Sisters se traficaba con estilo, había ajustes de cuentas entre clanes rivales y cada dos por tres alguien saltaba o —digamos— se tropezaba en uno de los pisos más altos y caía al vacío. Don nunca había visto a nadie muerto y estaba convencida de que ver algo así le revelaría secretos insospechados. Igual el difunto volvería a

abrir los ojos y, al más puro estilo de reportera de la BBC con pelo cortado a tazón, preguntaría: «Bueno, ¿y para la juventud...?», se detendría un momento y pensaría si era una pregunta pertinente, «¿... cómo es criarse en esta ciudad?». Don haría como si pensase en la respuesta y luego diría: «Mire, cada cual piensa que lo normal es la vida que le ha tocado vivir. No conocemos nada más. Nací aquí y nunca me he parado a pensar en cómo es mi ciudad con toda su sordidez. Es así y punto, como el mal tiempo, como el coñazo de las vacaciones de verano, nunca me he planteado que hubiera otros lugares. Bueno, es un decir. Sé que en internet pone que esos otros sitios son de verdad».

El cadáver insistiría un poco más: «¿Cree que su manera de hablar es adecuada para una cría?», antes de continuar estando muerto.

Don ya no era un apéndice de sus padres, sino una persona autónoma. Ya no tenía miedo cuando su madre no estaba, no buscaba su cara por todas partes cuando sentía los primeros signos de malestar, ya no se preguntaba cómo hacerla feliz de una vez por todas. En pocas palabras, ya no se calentaba la cabeza pensando en qué debería esforzarse para que por fin la quisieran. Le iba mejor sin esa absoluta dependencia emocional.

Si fuera más mayor y estuviera henchida de su propia importancia, farfullaría cosas como: «Yo soy muy feliz estando sola conmigo misma». Lo que pasaba es que nadie le preguntaba, era tan pequeña que los adultos no la consideraban una persona. Pero ya lo tenía todo: los sentimientos, los pensamientos, la soledad. Solo que aún no tenía compartimentos claros para ordenar todo lo que llevaba dentro.

Los primeros años de su vida no le parecieron terribles. Quizá un poco sosos, aunque por aquel entonces ni sabía que había una palabra para describir eso.

Quizá un poco aburridos o desasosegados, como suele pasar en esa época de transición entre la infancia y la adolescencia en la que uno se huele que algo va a cambiar, pero aún no sabe qué. Don

Tenía la música.

Parecía que el grime lo hubieran hecho para ella. No sabía quién lo había inventado, ni tampoco qué componentes tenía; de eso hablaban los jóvenes que eran capaces de proyectar un aura de invencibilidad por usar la jerga del mundillo,

Don solo sabía que la música sonaba tal y como ella se sentía. Cabreada y peligrosa. Los cantantes de grime llevaban las mejores zapatillas de deporte, cadenas y cochazos. Lo habían conseguido. Eran héroes.

En el barrio sonaba grime todo el día. Aquella música era la banda sonora de sus vidas. Aunque los chavales no hablaban de banda sonora: era su vida.

Cuando se llega a la vida adulta, la gente reprime los sentimientos con drogas; cuando uno es joven, escucha música. Y luego se mete drogas. El grime era una música rabiosa y de mierda para niños con una vida de mierda. Don se lo ponía en la cama, en el baño o por la calle. Qué bonita la calle.

Bueno...

Frente a la ventana una farola, lluvia o algo parecido, igual es que el vidrio estaba sucio y punto. La casa ocupaba la planta baja y el primer piso. Si uno estaba como unas maracas, podía llegar a decir que era un adosado.

Un adosado diminuto y sórdido. La choza tenía dos minihabitaciones con vistas a unos banquitos de hormigón y una valla metálica. Una vez, viendo la tele, se dio cuenta de que en todas las pelis extranjeras faltaba algo: una valla metálica. Por lo visto, solo aparecían con una frecuencia maníaca en Inglaterra. Cada dos metros. Rojas, verdes, azules, es igual, lo

importante, vallas, lo importante, de metal. Hasta el último truño del mundo tenía que estar separado de la vida: escuelas, parques, guarderías, teléfonos de emergencias. No estaba claro si estaban para infundir seguridad entre la ciudadanía, una sensación de hogar en tiempos revueltos, o si solo las plantaban ahí para darle un toque de color al paisaje absolutamente gris. En cualquier caso, a Don le gustaría tener una valla alrededor de la cama para que su hermano ni se le acercase. No estaban muy unidos.

Detrás de la valla —la de fuera— había un caminito por el que pasaban los demás habitantes del edificio, a unos pocos metros de su ventana, como si fueran con un andador imaginario. Era relativamente oscuro y, extrañamente, húmedo, pero de eso aún no se había percatado. Que siempre hubiese corriente le parecía normal. A su madre aún no se le había ido la cabeza del todo y hacía lo que podía para jugar a las familias, aunque daba mucha pena; era como si quisiera construir una casita de muñecas con barro.

Que todo fuera a ir a peor aún no era una opción. No era una opción para una niña; tenerle miedo al futuro es una afición de los mayores que ya se han quedado sin futuro. Por aquel entonces, el mundo de Don estaba en orden salvo por el hecho de no tener una valla alrededor de la cama, o mejor aún: un sótano donde poder encerrar a su hermano. Su hermano lloriqueaba. Seguro que se había vuelto a mear en la cama. A Don casi le pareció oír el chorrillo de orina y

Don estaba...

furiosa.

Había gente que no lo conseguía. Montar en cólera así de bien. La mayoría de los adultos que rondaban por la ciudad de Don estaban atontados y cansados y se atrincheraban en los rincones y ya no tenían fuerzas para levantar la cabeza. De vez en cuando eran alimentados, pero su estómago, víscera

de un ser deshecho, no soportaba los nutrientes sólidos y entonces vomitaban, y luego la apatía evitaba que levantaran la cabeza del vómito. La mayoría de la gente con la que Don se cruzaba era mayor. Algo muy normal cuando tienes siete o casi siete años. O casi ocho, pero, sin duda, de las que aparentan más. O que sienten que parecen más mayores.

El pelo le crecía puntiagudo hacia arriba. Tenía los ojos oblicuos y oscuros, era canija, incluso para una cría de casi siete o casi ocho años. Era pequeña y estaba cabreada. Su rabia estaba tan presente en su cotidianidad que nunca diría algo como: «Joder, qué cabreada estoy hoy». No conocía otro estado.

Estaba cabreada desde que nació. O desde que tenía recuerdos. Odiaba el mundo en el que le había tocado vivir. Que no medía más de un par de metros cuadrados.

Odiaba ese mundo, no hacía buenas migas con él. Nunca había tenido ninguna clase de vínculo ni con él ni con el sitio que le había tocado por nacimiento y que marcaría su vida: primero, una educación penosa, si sobrevivía esa fase y no acababa por accidente envuelta en una reyerta, luego tocaría intentar conseguir plaza en una FP.

Como no conseguiría puesto de aprendiz en ninguna parte, se pasaría los días en las salas de espera de las oficinas de servicios sociales para pedir ayudas; no le darían ayudas porque siempre le faltaría algún papelote; se encontraría a su madre colgada en casa, perdería su casa, acabaría en alguna especie de centro juvenil femenino, se quedaría embarazada de algún espontáneo, le pegarían palizas por haberse quedado embarazada, daría a la criatura en adopción, o igual no, qué más da. Esperaría a que le asignasen una VPO, luego empezaría a beber y a fumar crack y a ver la tele, a ver gente con sus pseudovidas, con vidas en condiciones.

Gente con la piel clarita que se toma el té en el jardín y desempeña trabajos respetables con sus manos increíblemente

grandes. La gente de la tele se enamora. Y luego, cómo no, ya tardaba: la puta música de los gaiteros.

En el mundo de Don no se enamoraba nadie. Los habitantes de su ciudad se odiaban o se enganchaban los unos a los otros por culpa del pánico que sentían; nadie sabía explicar de dónde venía todo ese desasosiego. Pero si tenían casa (la mayoría)... Pero si tenían comida (una especie de comida)...

Don leía mucho y entendía poco, pero mucho más de lo que los adultos pensaban que podía comprender una supuesta chiquilla.

Don sentía:

Rabia.

¿Esto va en serio? ¿Toda esta puta mierda que habéis tirado aquí? «Cuidadito. Es lo que queda. No es la leche, pero es lo que hay. Hemos devorado tu Tierra, tu barrio, tu ciudad, que sirven para alojar a los obreros que fabrican mierdas que no necesitan cuanto más rápido mejor. ¿Me oyes? La gente de tu ciudad lo único que tiene que hacer es no votar a los imbéciles de la derecha nacionalista que siempre saben a quién le tienen que echar la culpa de todo.»

Cuando sabemos quién tiene la culpa de algo nos sentimos mejor, ya que en ese instante se restaura la justicia divina. Y a Don le da un objetivo para canalizar su odio. En su ciudad se odiaba a los extranjeros. Punto. La ciudad de Don, de la que nunca se iría, donde podía pasar toda su vida. Agotarla, aunque, en verdad, ya había pasado incluso antes de empezar, ya que había nacido en el lugar equivocado. Con los padres equivocados y, además de todo eso, hacía un tiempo de mierda. ¿Acaso le había preguntado alguien? ¿Acaso ella le había pedido a alguien participar en todo ese acontecimiento siguiendo reglas que le eran ajenas? ¿Qué deber humano cumplían con su experiencia vital y sus excreciones entre ocho mil millones (o quizá, para cuando acabara de pensar en esto

ya eran nueve mil) de personas que rondaban por el planeta pensando a ver de dónde podían sacar tajada? Todo el mundo quería... algo.

La vida era un regalo.

Ese lema de la soberana idiotez se podía leer bordadito en rosa en el papel pintado en las paredes de las cocinas con humedades de la barriada. ¿Y qué pasaba si alguien decía «No, gracias»? ¿Cuando a alguien no le parecía muy interesante el regalo en cuestión? Nadie escapaba de su entorno trabajando. ¿Con qué trabajo? Si ya no había.

Era imposible vivir de otra manera, no había sitio en un mundo en el que pocas personas se ocupaban de guardar las distancias con muchas personas.

«¿Por qué habéis hecho algo así?», es lo que querría preguntarles a los adultos. «¿Por qué criáis niños que luego odiáis porque son gritones, porque son unos perdedores —desde el primerísimo instante—, porque os veis a vosotros, a vuestra miserable infancia, porque sabéis que la vais a cagar, como vuestros padres y sus padres antes que ellos, con vuestra transmisión de la falta de oportunidades?

¿Y para qué? ¿Para dejar a los niños todos meados a los pies de la cama donde os habéis desplomado borrachos o donde os estáis follando a alguien? ¿Os ponen los huesitos que se rompen fácilmente y la idea de que por fin tenéis poder sobre alguien que os tiene miedo? Y luego los miráis, con los ojos empañados, y los odiáis por lo inútiles que son, igual que vosotros. A vosotros tampoco os ha ayudado nadie.

Una satisfacción para vuestro encefalograma plano lo de torturar al crío, ¿no? Ahora van a saber lo que vale un peine. Los que están por encima de vosotros. Los que os han rechazado os han apartado de los centros de las ciudades por donde conducen sus elegantes coches eléctricos y hablan de futuros prometedores.

Podrías ir a la huelga, pero para qué, si no os sirve de nada. No le interesa a nadie. Podrías iniciar una resistencia armada... Pero ya no tenéis fuerzas. Ni armas. Ni idea de a quién apuntar. Así que os quedáis sin hacer nada. Con la cara hundida en el vómito.

Por qué siguen libres esos hombres, por qué, si no querían ser padres, solo se habían dejado caer para echar un polvo o a darle una paliza de muerte a la parienta y después quedarse en un rincón y decir: “Yo no quería”. ¿No queráis que pasara nada de lo que ha pasado? Las cosas pasan y punto, en la calle huele que tira de culo y sigue lloviendo. Y desde el principio hay que tenerles miedo a los demás, porque tenemos ese supuesto instinto de supervivencia. Quién aguanta eso.»

Don no lo aguantaba.

Y

Se negaba a sentarse en el sitio que el mundo le tenía reservado como la escoria que era. Y

Ya no esperaba el amor,

Ya no esperaba que algo parecido a un futuro creciera a las puertas de casa. Ahí no iba a crecer nada, aquello era un páramo, el legado de sus mayores y sus supuestas condiciones vitales. Anda y que les jodan, Don tenía una actitud pasivo-agresiva, era mujer, mejor no le salía. ¿Tendría que chutarse testosterona para estar más cabreada? ¿Se tenía que meter hormonas para creerse más lista de lo que era y pensar que era la reina del mundo?

A la gente como ella antes la metían en zoológicos. Se le ocurrió sin venir a cuento.

Si le das a alguien la oportunidad de torturar a otra persona, lo hará. Si le das a alguien la oportunidad de quitarle algo a otra persona, lo hará. Así era el mecanismo, o, si acaso, llámémoslo instinto. Que dejaban actuar, sin pensar, campando a sus anchas, cargándose todo lo que les salía al paso.

Don odiaba la estupidez, la brutalidad, la pillería y la falsedad, el olor de los cuerpos depilados y sudorosos y de los dedos pringosos que lo toqueteaban todo para ver lo que valía. «Si queréis guerra, guerra tendréis», decía Don. Mentalmente.

Esta es la historia de

Hannah

Etnia: ¿asiática?

Sexualidad: heterosexual

Intereses: egocéntrica

Inteligencia: presente

Rasgos notables: ninguno

Relaciones familiares: hija única, padres amantísimos

Antes de conocer a Karen, a Don y a Peter.

Cuando aún no sabía qué significaba Rochdale o la tristeza.

Hagamos una breve retrospectiva.

Veamos. Hannah

Vivía en Liverpool con unos padres amables, el carácter típico de la clase media en decadencia. Habían alquilado una casa con un patio trasero destartado, tenían dos bicis y les llegaba para pagar las facturas de la luz. Hannah pensaba que el amor que le daban sus padres era lo normal: que la hicieran volar por los aires y la acariciaran. Que la cogieran de la mano y estuvieran orgullosísimos de ella, que se sentaran en su cama y entraran en su habitación mientras dormía para comprobar si seguía viva. Ella daba todas esas cosas por sentado. Pero el constante afecto de sus padres le había forjado un ego infantil desmesurado. Nunca dudaba de sí misma. Era alta y delgada,

nunca fue una niña mona; más bien parecía la versión infantil de una adulta interesante. Jamás quiso llevar el pelo largo ni vestidos ni cosas rosas; en cambio, estudiaba a conciencia fotografías antiguas de Katherine Hepburn. Así quería ser ella algún día, en el futuro. Ser inaccesible, infundir algo de miedo. La casa familiar de Hannah estaba en una zona conflictiva de una ciudad que estaba compuesta, principalmente, de zonas conflictivas. Pero su zona conflictiva era sin duda la más conflictiva de todas. A menudo, se oían tiroteos; sirenas, en contadas ocasiones; hacía mucho que la policía había dado la barriada por perdida. A Hannah le daba igual. Todo lo que pasaba en la calle no podía hacerle nada mientras ella estuviera metida en la cama y sus padres charlaran bajito.

Esa sensación de protección y amor absolutos la salvaría de muchos problemas en un futuro.

De suicidarse, por ejemplo.

Algo que a

Don

Le parecía incomprendible. Estar muerta. No estar. No volver a estar enfadada. La fascinación que Don sentía hacia todo lo relacionado con la muerte se esfumó el día de la Matanza (así la bautizaron). El país no tenía mucha experiencia con acontecimientos de ese tipo —véase, adolescente pirado que dispara a otros adolescentes—, ya que había pocos padres con un armero bien equipado, sin contar las escopetas de caza de la clase alta. Los padres de Rochdale lo que tenían era cerveza. Y eso cuando había padres, ya que la experiencia de Don con el mundo de los progenitores, como le pasaba a la mayoría de los críos, se limitaba al contacto con mujeres a las que no les daba la vida.

Don no había retenido gran cosa de aquel suceso. Salvo los tiros, que sonaron como castillos de Nochevieja; los gritos de los niños, que sonaron como sumergidos, y las imágenes a cámara

lenta de personas que corrían o se arrastraban en diferentes direcciones. Don, tumbada en el suelo, pensó de qué manera habría avisado el asesino en redes de lo que se proponía hacer. ¿Se habría grabado? ¿Con capucha? ¿Sentado o de pie con el arma? ¿Dijo entonces algo tipo «Sistema, desprecio, mujeres, nunca me toman en serio, y ahora os enseñaré cómo...»? ¿Qué música le habría puesto al vídeo? ¿Slipknot? ¿Algo más machacón? ¿Pitbull? Seguro que no era un lumbreras precisamente, igual que la mayoría de los de por allí.

Durante la Matanza algunos chavales, tumbados en el suelo, se hacían fotos ahí tirados. Algunos tenían iPhones. Los pobres desgraciados, alguna mierda china. Supuestamente, la media de ocho horas de interacción con esos aparatos convertiría a la generación a la que Don pertenecía en un puñado de imbéciles sin capacidad de concentración.

Pero, tío, tío, tío, pensaba Don, quién cojones se pega trozos de plástico en las uñas. Estaba al lado de una chica más mayor y se fijaba en sus uñas. Nunca había visto cosa más incómoda. Vistas desde abajo, se distinguía el borde amarillento de la uña natural. Tendría entre diez y trece años, y tenía pinta de niña putilla. La cara oscura de los vídeos de grime: no acababan de funcionar como material didáctico positivo en términos de discurso queer y de género. Las mujeres de los videoclips tenían muchas tetas, mucho culo, mucho oro y uñas postizas. Su papel principal era estar calladitas en el asiento del copiloto del carro del chulito de turno, que había robado como buen gánster o que había pagado con la gran fortuna que amasaba. El dinero no da la felicidad, pensó Don sin venir mucho a cuento, y le entró un ataque de risa en el momento en que entraron los grupos de asalto. Hubo más tiros. El ruido sordo de las armas semiautomáticas de aquel sindió se perdía en la papilla de sonidos que originaban los agentes con sus metralletas reglamentarias. Al final calma y

muerte al lobo solitario. Ídem para un par de chicas. Por fin vio muertos. Fue mucho menos grandioso que en sus fantasías. Había gente en el suelo que ya no existía, punto.

Esta es la historia de

Karen

Sexualidad: heterosexual

Inteligencia: superdotada

Historial médico: tendencia a compulsiones (chupa interruptores)

Hábitos de consumo: insuficientes

Etnia: genéticamente defectuosa

Relaciones familiares: dos hermanos, madre soltera

Estoy viva, pensaba Karen. No sabía si era algo por lo que estar eufórica o no. Karen no era mucho de expresar emociones.

Estaba herida y tenía un trauma, según le había dicho un médico. «¿Cómo te llamas?», le preguntó el mismo médico mientras le curaba las heridas de la cabeza. «Karen», dijo ella. Y el hombre apartó la vista en busca de víctimas más interesantes, alguien con una herida de bala a quien hubiera que volver a meterle las tripas o con una pierna que pudieran amputarle allí mismo. Sin anestesia, como en las películas. Aquí, muerda usted esta madera, le va a doler un poquito. Y al final le habría salvado la vida y, empapado de sangre, levantaría la pierna amputada a contraluz. El médico le dijo: «Probablemente tengas un trauma». «Normal», dijo Karen. «¿Me puedo ir ya?». El médico asintió. La niña se fue sin siquiera poner los ojos en blanco: todos los niños tenían un

trauma. Como estado permanente. A Karen le daba igual. Trauma era su segundo apellido. Vivía con su madre, que estaba a punto del colapso nervioso, con un hermano mayor que la martirizaba cuando le venía en gana —algo que pasaba a menudo—, y uno más pequeño que estaba a punto de morir, cosa que no evitaba que se comportase como un cabrón con mala baba; y todos vivían juntos en un piso que era pequeño hasta para una sola persona. Eso también le daba igual. Como hemos dicho, no era muy de expresar sus emociones. Creía en la genética. Sus genes tenían que haberse saltado varias generaciones. Probablemente, entre sus antepasados hubiera algún científico, ya que Karen era más lista que toda su familia e incluso puede que más lista que todos los habitantes de Rochdale juntos. Su vida transcurría en la red y entre libros. Se desenvolvía en un maravilloso mundo de microbios, gérmenes, genes, virus y microorganismos a los que les ponía nombre. Con los que soñaba. Su vida le resultaba incómoda cuando tenía que salir de su cabeza y hacer cosas supuestamente normales como ir a la escuela, comer o ducharse. Lo único que le resultaba agradable de su vida «normal» era el tiempo. Llovía tanto en Rochdale que, al menos, cuando iba por la calle, podía llevar paraguas. Bajo un paraguas era invisible. Probó con ese truco en casa. No le funcionó.

«¡Por el amor de Dios!»

Gritó la madre de

Don

En la habitación contigua. Se había enterado de todo por el telediario.

Aún había telediarios en los canales «públicos» y fornidas reporteras rubias que siempre daban las noticias bajo la lluvia. Las que siempre, micro en mano, se colocaban junto a las vallas de protección y comentaban las catástrofes.

«¡Por el amor de Dios!», gritó la madre de Don. «¡Te podrían haber matado!».

Y abrazó eufórica al hermano de Don. Aunque le temblaban los brazos aún por el susto. Otra vez brazos. Era como si las inglesas fueran todo brazos. Don escrutaba el cuerpo de su madre y estaba segura de que, a ella, en comparación, nunca le crecerían semejantes masas de carne.

«Anda, venga, tráele algo de comer», ordenó la madre mientras aún estrujaba a su hijo contra el pecho.

Eso sí que es una familia unida.

Los lobos solitarios que inician un tiroteo y la misoginia suelen ser dos elementos relacionados, leyó Don más tarde. Y que normalmente los que se volvían locos eran hombres jóvenes. Había algo en su vida que no funcionaba como se habían imaginado. Algo relacionado con el poder. O con el pene. Se imaginaban que todo el mundo caería rendido a sus pies (a eso los habían acostumbrado sus madres). A Don no le sorprendía. Conocía muy bien el retraso mental. Tenía un hermano.

Y una madre que no tenía en mucha estima a toda criatura carente de pene. Y no estaba sola. Casi todas las mujeres del entorno de Don glorificaban a los hombres y despreciaban a las mujeres. Probablemente se avergonzaban de pertenecer al bando perdedor, ya que por debajo de las mujeres solo estaban las mujeres extranjeras. La única complicidad que la unía a su madre parecía ser su sentido de la carencia. Un enorme perdedurismo que se reflejaba en todo lo que hacían. Don decidió muy pronto en la vida que nunca sería una mujer. Es decir, que nunca sería una de esas mujeres de Rochdale o que conocía por los videoclips; no de esas que se distinguen, principalmente, por perpetuar estereotipos de género con su ropa o pintándose de brillibrilli las uñas; unas pringadas, vamos. Un hombre o un chaval, por imbécil que fuera, valía más que

una mujer, por mucho que fuera catedrática de Cibernética. Por cierto, ya que hablamos de imbéciles. El hermano de Don tenía un montón de taritas. Para empezar, su manera de andar: siempre iniciaba la marcha con la punta del pie y luego lo arrastraba, cosa que le daba un aura de idiota rematado. Respiraba muy fuerte, masticaba haciendo ruido, siempre tenía la boca abierta... y

Don no recordaba.

Que su madre la hubiera abrazado alguna vez. O que le hubiera pasado el brazo por encima o la hubiese acariciado, o que hubiera hecho cualquier cosa de las que ves hacer a las madres en las películas. Pero, a ciertas alturas de la vida, las cosas que no se han hecho antes dan vergüenza de ver. Tal vez su madre se moría de ganas todo el rato de abrazarla, pero ahora ya había pasado el momento en el que podría haber empezado a hacer ese tipo de gestos. Además, estaba ocupada. Tenía que hacerle de coche escoba a su hijo constantemente, bien para limpiarle la cara, para pellizcarle las mejillas o para escucharlo embelesada cuando le hablaba de los fronterizos de sus amigos. Bastaba con que su hermano respirase para que su madre se emocionara. A ella, en cambio, no le hacía mucho caso y, cuando reparaba en ella, la miraba con el mismo desconcierto con el que observaba su vida y a ella misma.

«Yo participé en las revueltas», decía

La madre de Don

Solvencia: ninguna

Etnia: negra

Inteligencia: media

Aficiones: ver las series de la BBC, la Casa Real, rebuscar en tiendas de caridad

Sexualidad: onanista con las fotos del príncipe Carlos

Relaciones familiares: dos hijos y un marido ausente

A menudo.

Don era incapaz de imaginarse a su madre como una revolucionaria de las Black Panther. Seguro que exageraba su papel en la lucha callejera londinense. Cosas que apoyaban su teoría: que usara crema blanqueadora; que se alisara el pelo hasta que parecía que tenía dos lonchas de queso por melena; el color indefinido del supuesto padre de sus hijos; y que no tuviera amistades en esa clase de círculos. Prefería relacionarse con gente blanca, se emocionaba cada vez que hablaba de la capital. Que sus padres se marchasen de Londres tras los disturbios le parecía humillante, ya que Rochdale era la manifestación física de por qué la madre de Don nunca merendaría scones en un mercado de flores inglés con ladies blancas abrigadas con rebequitas. La madre de Don había aprendido un buen oficio. Era comercial o algo igual de absurdo de la época 1.0 de la economía. Había trabajado en una empresa de transportes, para un supermercado y en una tienda de electrodomésticos, y siempre la había acabado remplazando alguien en el extranjero, porque la tendencia era deslocalizar muchos puestos de trabajo, porque la tendencia era que un par de personas siempre quisieran ganar más dinero para cubrirse las espaldas ante la ruina del mundo. Y eso había que respetarlo.

Ahora la madre de Don solo encontraba trabajillos. En lavanderías, de cajera, en gasolineras. Y hacía tiempo que ni eso. En esas fases le entraba el pánico. Cuando tenía trabajo, tenía miedo a perderlo. No podía dormir ni comer ni respirar y entonces enseguida volvía a quedarse en paro. Miedo. Siempre miedo a todo. Sobre todo la aterrorizaba pensar en el invierno, ya que era cuando los críos se ponían malos cada dos por tres, y cuando los niños se ponen malos cada dos por tres, hay que pasarse por lo menos ocho horas en el hospital, y así volvía a perder su trabajo. Entonces tenía que ir a los Servi-

cios Sociales, dejar que la trataran de pena, hacer cursillos varios, como, por ejemplo, para aprender a redactar una buena carta de motivación. Qué gran impresión causaban aquellas cartas tan bien escritas cuando las entregaba —bueno, bueno, no seamos racistas— a los dueños de las gasolineras de la zona, en su mayoría, analfabetos. Cuando se quedaba sin ayudas sociales y sin trabajo, tenían que ir al banco de alimentos de los cristianos.

Don

Odiaba las visitas a la caridad cristiana. Implicaciones: un par de horas de espera a la intemperie. Luego plantarse delante de unas mujeres con dientes de caballo que olían a trapo de cocina húmedo y viejo, con el cutis encarnado y la nariz llena de venitas reventadas, y el pelo entre canoso y amarillento, grasiento y recogido en un moño. Dejar que esa gente les metiese latas de judías en la bolsa era de lo más humillante. Anda, toma, algo bonito para los niños. ¿Quién era esa gente mil veces más fea que ella? ¿Qué les daba derecho a su caridad condescendiente incapaz de distinguir entre personas que recibían ayudas sociales y perros? Don siempre se imaginaba que, más tarde, volvía a hacerles una visita a esas buenas gentes; se imaginaba a ella con un machete y a las señoras cristianas llenas de sangre, las faldas subidas, las piernas enroscadas en el suelo. Y entonces ella se acercaba a las víctimas y, para rematar, les encastraba una lata de judías en la boca.

Era completamente injusto, la verdad, ya que, sin aquellas señoras cristianas que alimentaban y acariciaban a los pobres, la mayoría, probablemente, ya habrían muerto. El objetivo del Estado era reducir las ayudas sociales al mínimo para estimular a las clases fuertes y trabajadoras de la sociedad. Pues también. Y para ahorrar dinero. Pues también. Para mantener al país en la senda del neoliberalismo.

El desprecio del capitalismo hacia los pobres se había institucionalizado. Vagabundos, parados, incapacitados, enfermos, débiles, todos sin excepción tenían que cumplimentar detalladísimos, incomprensibles y farragosísimos formularios sin sentido para recibir un subsidio de emergencia que les daba para cubrir sus necesidades básicas. Esa parte inútil de la sociedad podía perder todas las ayudas por pequeños errores en los formularios, y ahí se quedaba. En sus rancios cuchitriles sin luz, sin calefacción, sin comida. ¿Quién los ayudaba entonces? Las señoras cristianas, comprometidas con mantener con vida a gente que no merecía ser mantenida con vida para sentir un chute de serotonina.

Por aquel entonces fue cuando Don empezó a odiar todo lo que la rodeaba. A las policías que cacheaban todos los días a los niños que vivían en los bloques de VPO.

Por rutina, por diversión o simplemente porque podían. Les ordenaban que se pusieran en fila, que se vaciasen los bolsillos, que se bajasen los pantalones y que llevaran las manos a la cabeza. Algo relacionado con el poder o el respeto hacía que, posiblemente, casi dos millones de críos creciesen con la certeza de que el Estado no los protegía.

La policía nunca encontraba ni drogas ni armas, los chavales no eran tan tontos —sabiendo que había controles— como para llevar cosas sospechosas encima. Las armas se guardaban en las fábricas abandonadas. El chocolate y la maría, ídem.

Don odiaba. Odiaba a la gente de las oficinas gubernamentales con pinta de estar quemada que trataba a su madre como si fuera demasiado vaga o demasiado tonta para enderezar su vida; odiaba al casero, que les tenía prohibido a los chavales del bloque que hicieran cualquier cosa: correr, hablar, reír, respirar. Odiaba a su padre...

Su influencia en la crianza de sus hijos era imperceptible. De vez en cuando les enviaba dinero. Muy de vez en cuando.

Pero, cuando les llegaba una de esas transferencias, la madre les soltaba el discursito sobre la bondad de ese hombre, decía que sin él estaría perdida, y luego lloraba. ¿Qué es lo que Don había aprendido? Que las mujeres se encargaban de los infinitos aspectos prácticos de la vida, de todo lo anodino y necesario para la existencia. Hacían cola en el paro, arrastraban a sus hijos al médico y se metían en casa a hacer las cosas de mujeres que tuvieran que hacer hasta que un día acababan enfermas mentales, lo que en su círculo siempre cobraba la forma de la depresión, lo que en su círculo siempre quería decir: la madre metida en la cama todo el día, llorando, no se levanta. Las mujeres no conseguían nada extraordinario. Todo lo extraordinario era cosa de hombres. Las actividades interesantes eran cosa suya. Apostados en las farolas, escuchaban música, fumaban, bebían, trapicheaban. Los chicos eran los que hacían buena música. Por aquel entonces no había mujeres importantes en el mundillo del grime. No que fueran peligrosas, ruidosas y que estuvieran cabreadas como ellos. Los hombres sacaban de sus casillas a

Peter

Diagnóstico: psicológicamente singular

Grado de peligrosidad: nada reseñable

Sexualidad: heterosexual, a veces

CI: incierto

Etnia: blanco, se dice caucásico, ¿no?

Relaciones familiares: hijo único

Qué mala suerte con el nacimiento de Peter, un día que no llovió. Algo se torció aquel día; pasa más a menudo de lo que os imagináis.

El día que nació, cuando su madre vio la cara de la comadrona y luego la de su hijo. Que era translúcida y claramente nada semejante a la de su marido, que no estaba. Su marido, de pelo muy negro y muy estúpido. Y polaco, sí, sí, de la zona rural de Polonia, haz algo mientras aún seas joven, haz algo si te asquea el fascismo latente de tu país, si ya sabes lo que hay... La cobardía de la gente, las tierras yermas, las calles polvorientas y sobre todo lo que no hay: esperanza. Haz algo con ese niño translúcido que apenas habla, que nunca mira a nadie y que se pasa horas mirando al techo entablando conversaciones mudas con sus dedos. Haz algo cuando los diez cenutrios del pueblo no tienen nada que ofrecerte sexualmente. Bueno, pues a Inglaterra. Allí había millones de polacos y no le había llegado queja alguna. Muchos encontraban en la isla lo que no tenían en su casa. Trabajo. Dinero. Distracciones. Extranjeros interesantes y, con los años, una casita de veraneo en propiedad en Polonia, paisajísticamente de diez. Nada mal para una nueva vida. Era a lo que podían aspirar si no pedían mucho, y si algo era la gente del Este, era frugal.

La gente pobre del Este, cabría precisar. La gente pobre del Este sabía cómo salir adelante, había pasado hambre. No eran personas sentimentales. Capaces de luchar, no eran gente mimada. Un brindis por los clichés.

En el pueblo donde nació Peter, de donde su madre quería largarse, había una calle Arena. En la calle Arena, que Peter siempre pensaba que estaría hecha de porquería y que algún día se abriría y lo engulliría todo, había casas que, cuando caía una buena nevada, tenían un aire muy pintoresco. Viejas vallas de jardín, ventanas rotas, puertas desencajadas, agujeros en el suelo. En el pueblo —donde no vivían más de cien personas—, casi todo el mundo tenía más de cincuenta años y aparentaba más de setenta. La encarnación de la incapacidad,

de no haber conseguido huir a otra ciudad de un país extranjero. Desechos de carne que se tambalean por calles polvorientas en cuanto reciben su paguita para hacerse con las provisiones necesarias de alcohol en la tienda de veinticuatro horas, que, aparte de bebida, también vende pepinillos en tarros cenicientos y copos de avena. Las cosas que les gustan a los alcohólicos.

Los hombres del pueblo odiaban a Peter. Era diferente. Con eso bastaba. Estaba cerca de su madre. Que era donde los tontos del pueblo querían estar. Quedaban tan pocas mujeres en el pueblo. Quien tenía ocasión, se largaba. Ellos también se irían pronto, le decía su madre a menudo. Pero, hasta que llegase el momento, ella quería pasárselo bien. Lo que siempre significaba pasearse en minifalda por la calle polvorienta de aquel pueblucho polaco, como si estuviera en una audición. Peter sabía lo que eran los programas de audiciones, lo sabía todo, estaba en internet, que había penetrado hasta en el último rincón de Polonia. A Peter le resultaba incómodo el comportamiento de su madre. Se reía muy fuerte cuando alguno de los borrachos hablaba con ella, se le subía la falda hasta la raja y se olvidaba de su hijo —de él, vamos— en cuanto aparecía un hombre. Peter no tenía ni idea de por qué su madre prefería la compañía de un alcohólico desdentado a la suya. En el pueblo no había nadie que pudiera apreciar belleza de ningún tipo. Reconocer la belleza requiere un entrenamiento que en aquel lugar era imposible que se diera. Aquel rincón del mundo era feísimo. Un llano, sin árboles, sin colinas, solo campos y casas que parecían ruinas. La mayoría de la gente, como ya hemos dicho, se había marchado; Peter era el único que no se quería ir. A él le daba igual el sitio. Ese le resultaba familiar. Eso era lo importante. Le gustaba estar solo cuando no tenía que hablar con la gente, oír ruidos, o cuando se metía en un armario que cerraba de un portazo,

o cuando su madre no estaba en casa. Lo que más asociaba con su madre era la rutina. Cuando las rutinas se modificaban, a Peter le entraba el pánico. No sabía por qué. Era lo que siempre había vivido. Principalmente, era un estado como si estuviera dormido y quisiera despertarse. Su madre se metió en el dormitorio con un borracho. A Peter no le gustaban los hombres.

Había demasiados. Pensaba

Don.

Si había algo interesante, allí estaban. Cuando aparecían en grupitos era desagradable. Ayer, la pandilla que se ponía delante de casa de Don —bueno, casa, ejem— había matado a un cachorrito callejero. El cadáver estuvo allí un par de días. Don no entendía por qué los tíos hacían ese tipo de cosas. Lo que tenía claro es que había que tenerles miedo. No había que provocarlos. Podían gritar sin que sonara a chilliditos. Decían bobadas y ni acababan las frases. Pero querías caerles bien. Querías caerle bien al pandillero más guay. O servirle. Para que no te pegaran una paliza. Como la madre de Don. Como todas las del bloque, en su mayoría madres solteras, porque los maridos se habían largado cuando les dejó de apetecer canear a la parienta. La depresión por agotamiento era la enfermedad femenina más común del país. Enfermedad, bueno, ya. En fin. Cosas de mujeres. Las tasas de suicidio entre las de más de cuarenta años ascendía a porcentajes absurdos que Don ni recordaba. Muchos niños con madres alcohólicodepresivas vivían con el pánico constante a volver a casa y encontrarse a alguien de la familia muerto, tirado en el suelo, colgado o ahogado. La siguiente generación estaría compuesta por exniños psicóticos de entornos pobres, exniños psicóticos de familias de la clase media en decadencia trastornados por el Ritalín y exniños sádicos de las clases acomodadas; una generación muy preparada para la era que se avecinaba.

POR CIERTO, YA QUE HABLAMOS DE ESTO: por aquel entonces nació el movimiento de

Los

Apartados.

Hombres.

Jóvenes y de mediana edad de todo el mundo occidental que formaban parte de asociaciones homoeróticas de nombres de lo más diversos. Alt Right, neonazis, Acción Nacional, Hermandad Aria, Partido Nacionalista Blanco, Liga de San Jorge, Sangre y Honor, Stormfront, Movimiento Identitario, Vigríd, Frente Neopagano Alemán... Involuntariamente célibes. Grupos...

Que les devolvían la sensación de poder que les habían arrebatado las

Mujeres.

Millones de hombres blancos habían sido castrados. Bueno. A ver cómo te comes eso.

Menuda puta mierda. Tenían demasiadas hormonas masculinas o quizá les faltaban; en cualquier caso, la situación era dolorosa y se encontraban en un mundo que ya no los necesitaba. Inútiles y cabreados. Nadie los quería o los escuchaba. Fofos en el centro del cuerpo,

Mujeres,

Véase, personas que podías comprar con sobornos, como policías, juezas, médicas. Era como ver a un extranjero con gafas. Era como si un perro llegase a político. Estaban de acuerdo en que las mujeres eran las culpables de esa angustia que casi todos sentían en un mundo que ya no era cómodo para ellos. Que nunca había sido cómodo, pero, joder, antes no lo sabían. Antes no estaba internet para decirles lo incómodo que se había vuelto el mundo. Algo así amarga a cualquiera. Ahora ya no era apropiado deambular por las calles del mundo occidental y apalazar a las mujeres. Así que les tocaba a

otros estar en el punto de mira. Extranjeros. Iguales que ellas, pero con penes más grandes. Con los que se quedarían a las mujeres de los hombres blancos, mujeres que odiaban a los hombres blancos. Bueno, era complicado. Importa tres mierdas.

Los Apartados se planchaban las camisas, iban al gimnasio a ponerse fuertes, le echaban una miradita al pene del tío de al lado, pensaban en todos los penes de su pandilla. Si los pusiéramos a todos en fila, podríamos follarnos el mundo hasta que volviera a estar en su sitio. Establecían vínculos por todo el mundo con pandas de idiotas fascistas, de ultraderecha armada y fuerte que se cagaba de miedo por desaparecer ante la irrelevancia que les imponía el resto de la humanidad.

En el entorno de

Don

no había grupos o partidos nazis. Los hombres de su entorno eran demasiado vagos como para aliarse. La sensación de inutilidad de la tercera generación los había vuelto fofos; todos esos que antaño eran orgullosos pescadores, albañiles, orgullosos —lo que sea—, lo que significaba que habían producido mierdas honradas con sus manos honradas, mierda que había hecho ricos a otros. Otros cuyas familias formaban los gobiernos que controlaban las ayudas sociales de los trabajadores honrados. Que una persona que, por poner un ejemplo, no fabrica cable ya no valga nada y, por tanto, esté enfadada, es comprensible. Y se consideraría un atenuante entre los hombres del barrio si a uno le toca comparecer ante el juez por haber matado de una paliza o haber dejado medio muerto a su hijo o a su mujer.

Cuando las mujeres experimentaban la ira patológicamente comprensible y socializada, se vendaban las heridas las unas a las otras cuando el marido humillado que aparecía de manera espontánea perdía los estribos y se ensañaba con ellas.